



GANADORES ATERRADOS, PERDEDORES ENFURECIDOS







**GANADORES ATERRADOS,
PERDEDORES ENFURECIDOS**

**La primera globalización moderna
y el segundo carlismo en España, 1849-1876**

RAMIRO FEIJOO MARTÍNEZ

**Postmetropolis Editorial
2025**





Postmetropolis Editorial

Madrid

Noviembre de 2025

Edición y maquetación:

Pablo Sánchez León

Cubierta:

Bruno Arce García

Diseño de colección y de la cubierta:

Miguel Sigler

Ilustración de la cubierta:

Composición a partir de “Retrato del Marqués de Salamanca” (1867), de Santiago Llanta y Guerin (Biblioteca Nacional de España), trabajadores de “El Arte Cristiano” (1896), extraído del blog <https://eulaliarestauradora.com/>, y fotografía de un astillero de Bilbao obtenida de eusko ikaskuntza (boletín 727)

Referencia: Ramiro Feijoo Martínez, *Ganadores aterrados, perdedores enfurecidos. La pimera globalización moderna y el segundo carlismo en España, 1849-1876*, Madrid, Postmetropolis Editorial, 2025, 304 pags.

ISBN: 979-13-991027-1-0





A ROQUE Y DIEGO







ÍNDICE

La muralla	9
PASADO Y PRESENTE DE LA EXTREMA DERECHA	
El carlismo en perspectiva	15
Globalización y extrema derecha	26
GANADORES ATERRADOS	
La primera globalización contemporánea	41
Globalización y liberalización en España	46
Ciudades y disturbios	52
La irrupción obrera	60
Democracia, socialismo y reacción autoritaria	64
Secularización e integrismo	79
El discurso contrarrevolucionario	95
Una triple crisis, por lo menos	101
La revolución política	119
PERDEDORES ENFURECIDOS	
Todo se transforma	135
Geografía del descontento	147
Vic, la vieja decrepita	156
Ciudad y muntanya	165
Ciudades ganadoras: Reus y Lérida	176
El caso vasco	186





Campo y ciudad; centro y periferia	202
<i>Take back control</i> . De lo local a lo global	215
Sociología del carlismo	228
Hacia una teoría general del Segundo carlismo	236
El discurso anticapitalista	244
CONCLUSIONES	257
ANEXO	273
FUENTES Y REFERENCIAS	279





AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer a Eduardo González Calleja por su asesoría siempre presente; a José Antonio Rodríguez por la cartografía que aparece en el libro; a Luis Lucena por nuestras conversaciones económicas; a Lluís Ferran Toledano, por su disponibilidad constante a intercambiar opiniones y por sus consejos y propuestas; y a Pablo Sánchez León por su confianza.







La muralla

La continua transformación de la producción, la incesante sacudida de todos los estados sociales, la eterna inseguridad y movimiento, esto es lo que caracteriza la época burguesa respecto de todas las demás. Quedan disueltas todas las relaciones fijas, oxidadas, con su cortejo de representaciones y visiones veneradas desde antiguo, mientras todas las recién formadas envejecen antes de poder osificar. Todo lo estamental y establecido se esfuma; todo lo sagrado es profanado

KARL MARX Y FREDRICH ENGELS, *Manifiesto comunista*

No habían pasado ni dos semanas desde la batalla de Alcolea, que abría paso a lo que conocemos como Sexenio democrático (1868-1874), cuando en Madrid se anunciaba el derribo de la vieja muralla que la había circundado durante siglos. Sorprende esta celeridad por el contexto de provisionalidad de la ciudad y de todo el país. Que una de las primeras medidas que se tomó estuviera destinada a derribar los antiguos muros nos indica el valor simbólico que le otorgaban los propios revolucionarios. Para ellos, la cerca era símbolo de opresión, y se llegó a asociar erróneamente con Isabel II, cuando su construcción —huelga decirlo— era muy anterior.

Para otros, en cambio, la cerca representaba el pasado de la ciudad, las gestas pretéritas, el honor de los madrileños, y su derribo suponía el final no solo de la propia muralla, sino de todo ese pasado nacional y religioso que se hacía añicos al tiempo que se acumulaban





los escombros por el suelo¹. Por si fuera poco, casi al mismo tiempo el Gobierno Provisional revolucionario, en otro arranque de chocante celeridad, comenzó también a destruir edificios religiosos, no solo en Madrid sino en otras ciudades españolas, con el argumento de dotar a estas de espacios abiertos, allí donde antes se apretujaban los cascos antiguos, abarrotados y asfixiantes. Para algunos observadores horrorizados, el sonido de la piqueta se hizo entonces omnipresente, como si esta hubiera sustituido con su tabletear a las beatíficas campanas que anteriormente invadían los aires de la ciudad transmitiendo su mensaje de paz cristiana. Para aquellas clases conservadoras la piqueta simbolizó, en aquellos primeros meses, a esa Revolución que venía para destruir todo lo existente:

Todo el mundo empuña la piqueta para destruir, nadie toma la regla y el compás para edificar. Se destruye los templos, se destruye a toda prisa la unidad católica, se destruye la santidad del matrimonio, se destruye la tranquilidad doméstica, se destruye la paz de las familias y se destruye por falta de economías y sobra de economistas la fortuna pública².

Lo cierto es que el derribo de la cerca, independientemente de lo que pensaran sus artífices y los opuestos a ella, tenía muy poco de revolucionario. Había sido planificado en el proyecto de Ensanche de Madrid de Carlos María de Castro, que había encargado Pascual Madoz en 1857. El plan había sido aprobado en 1860 y seguía unos preceptos de crecimiento, modernidad e higiene ampliamente extendidos no solo en España sino también en Europa. Las murallas que rodeaban a las ciudades ya habían sido tiradas total o parcialmente en Burgos (1831), Granada (1840), Barcelona (1854), San Sebastián (1863), Valencia (1865) o Zaragoza (1867).

1 SERRANO (1991), pp. 7-45.

2 *El pensamiento español*, 5 de noviembre de 1868. En los textos transcritos del siglo XIX he preferido corregirlos a la ortografía actualmente vigente en vez de plagar el trabajo de "sic". Solo en determinados casos he optado por la solución contraria, al creer que mantener la grafía original podía aportar algún tipo de información adicional.





El Plan Castro, como tantos otros, traía una concepción higienista que pretendía dotar a las ciudades de espacios abiertos y ajardinados que combatieran el hacinamiento de las antiguas ciudades. Habían sido concebido en cuadrícula para mayor racionalización del crecimiento, para facilitar el tránsito creciente de vehículos y mejorar la limpieza. Pero también contaba, si no más, el deseo tanto del Estado como de la nueva burguesía de dotarse de un espacio de representación simbólico en el que las grandes avenidas, las abiertas perspectivas, los nuevos edificios dotados de un cuidado ornato significaran a las clases emergentes y a un país en progreso que pudiera rivalizar, al menos en apariencia, con las grandes urbes modernas como Londres o París³.

Ese tipo de ciudad era el resultado de los cambios cada vez más acelerados a los que se enfrentaba la nueva sociedad. Una ciudad y un país que había experimentado un apreciable crecimiento en la década de los cincuenta y sesenta, en el que una burguesía cada vez más pujante deseaba un espacio libre para sus negocios inmobiliarios, en el que la red de ferrocarril conectaba ya prácticamente toda la península, permitiendo los intercambios de mercancías y de personas en un mercado nacional cada vez más integrado, una ciudad a la que llegaban en un goteo incesante nuevos trabajadores, una España, en fin, que cambiaba de cara a ojos de todos los observadores.

Para los grupos más conservadores —el foco de atención de este trabajo—, aquellos cambios eran vistos con suspicacia, cuando no con evidente miedo. Las sucesivas desamortizaciones habían liberado no solo tierras, sino también una población rural que, fruto de la concentración de la propiedad en pocas manos y de las inseguridades que había traído una economía plenamente capitalista, había tenido que buscar nuevos horizontes de supervivencia y estaba llegando a las ciudades de manera creciente, con su consecuente crecimiento.

Aquello, obviamente, comportaba problemas. En el caso de Madrid, con un casi nulo crecimiento industrial, implicaba un exceso de población que difícilmente podía ser absorbido por una

3 Sobre el ensanche de Madrid, por ejemplo, TERÁN (1992), pp. 198-204 y BONET (1978).





raquítica dinámica productiva. Si en tiempos de bonanza mal que bien se mantenía la paz social, a ojos de muchos era evidente que la situación comportaba peligro y que aquel anormal crecimiento guardaba un potencial subversivo que podía explotar en tiempos de carestía. Este trabajo hablará de este miedo, un miedo que nació por lo menos desde el bienio progresista, si no en el año 1848, cuando se hizo claro que las masas estaban adquiriendo un protagonismo que a muchos inquietaba y sumía en una permanente sensación de inseguridad.

La de 1860 es la década en la que Karl Marx escribe *El Capital*, en que se funda la Primera internacional, en la que los representantes de los trabajadores crecientemente radicalizados se intentarán organizar internacionalmente para enfrentarse al capitalismo y a los Estados “burgueses”; es la década en que se extiende el ferrocarril y el telégrafo por toda España, y en la que se hace un gran esfuerzo por la expansión de la red de carreteras. Se habla de “progreso”, del “espíritu del siglo”, de los “nuevos tiempos”, pero también se transforman los paisajes, los entornos laborales y las antiguas fidelidades, y los nuevos mesías de la industrialización van sustituyendo a los antiguos. Son los tiempos del rico burgués, pero también del proletariado, de la fábrica, del humo de la locomotora, de las sociedades de inversión y de los bancos, de la invasión de capital extranjero y de una nueva especulación financiera.

A algunos les asustaban todos estos procesos; a otros les preocupaba una parte, y a todos, incluidos los demócratas, les inquietaba esa nueva clase trabajadora que ya amenazó en 1848 en Francia, y que desde 1854 venía levantándose significativa y violentamente por toda España. Este contexto nacional e internacional también tiene su influencia en el plan Castro. El nuevo Madrid se dividiría en barrios segregados: a los lados de la Castellana se situarían las residencias de lujo, la clase media alta en Salamanca y Argüelles, el barrio obrero tras el Retiro, la parte industrial al sur y la zona agrícola en la ribera del río Manzanares. La segregación aportaba a las clases pudientes la seguridad que no tenían el casco antiguo, permitía una ostentación sin mácula y





configuraba en definitiva el ideal de una ciudad hecha a imagen y semejanza de la nueva burguesía.

Pero el proyecto iba más allá: Carlos María de Castro, cercano al moderantismo, diseñó una nueva ciudad donde la preocupación defensiva era prioritaria. En el nuevo Madrid, concibió un Campo de Marte y un Hipódromo para ejercicios de los cuerpos militares, pero también varios acuartelamientos, cuatro o seis, en “posiciones elevadas y de fácil acceso para posesionarse en momentos dados de los puntos estratégicos del interior”⁴. Es decir, se diseñaba la ciudad en función de la necesidad de dotarla de un aparato represivo frente a un centro ciudad en teoría alzado contra las autoridades, esto es, lo militar como factor prioritario en la concepción del planeamiento urbano.

Esta preocupación no se quedó solo en eso. Alrededor del nuevo perímetro se concibió un foso coronado con un muro para proteger Madrid de hipotéticos ataques externos. La vieja muralla ya había prestado sus servicios en los últimos lustros, cuando el anormal aporte poblacional y las crisis de subsistencias habían traído motines sociales. En aquellos casos, las puertas de Madrid se habían cerrado a esa población rural no autóctona, pero es de suponer lo infructuoso del intento y que aquel recurso tenía mucho más de psicológico que de real⁵. En este contexto es en el que hay que enmarcar la anormalidad anacrónica del plan Castro con su foso, paseo de ronda y muralla, que cerrarían de nuevo la ciudad. En este contexto hay que entender también la reforma del código penal que aprobó la reina muy poco antes de la Gloriosa, el 27 de marzo de 1868, con el objetivo de equiparar al vago y al parado, personajes que, desde la mentalidad burguesa, generaban más miedo que rechazo⁶.

Murallas, protección, castigo. Este trabajo trata del proceso de radicalización de las derechas españolas hacia un autoritarismo que llevó del moderantismo al neocatolicismo y de este al carlismo a una parte importante del conservadurismo político y social del país, y de cómo el contexto económico, social y cultural de los años

4 BONET (1978), p. xxvii.

5 BAHAMONDE (1987), p. 116.

6 BAHAMONDE (1987), p. 119. CHEVALIER (1958).





intensos de transformación que supusieron las décadas de 1850 y 1860 ulteriormente acabaron en una nueva guerra civil. Habla de esa mentalidad ultraconservadora, forjada en tiempos de amenazas reales o sentidas, que Javier Ugarte ha descrito, personalizándola en la Pamplona de los años 1930, así: “Fue toda ella un castillo, y más que ciudad, ciudadela”⁷. Habla de ese antimodernismo que Samuel P. Huntington definió como la falta de adaptación a la complejidad, pero también presta atención a esa permanente contradicción de la burguesía de propiciar cambios y al mismo tiempo intentar mantener sus consecuencias bajo control, como si se pudiera transformar el mundo y al mismo tiempo desear que el mismo banco de la iglesia esté reservado durante décadas⁸. Y habla de ese paradójico proceso según el cual algunos conservadores, que normalmente son definidos por sus reservas hacia el cambio, convirtieron su habitual conformismo y respeto hacia la autoridad en abierta rebelión. En definitiva, habla de ese proceso anormal, contra natura, que el mismo Edmund Burke, el creador del conservadurismo moderno consideró necesario en determinados momentos y que denominó, gráficamente, como la locura de los prudentes⁹.

7 UGARTE (1998), p. 166.

8 HUNTINGTON (1990).

9 Citado en ROBIN (2019), p. 28.

